

# LA COLERA DEL "THEATRE DU SOLEIL"

El «Théâtre du Soleil», una de las formaciones teatrales francesas —y europeas— más interesantes de los últimos años, está en apuros. Su directora, Ariane Mnouchkine, acaba de declarar: «No gritamos nuestra miseria, sino nuestra cólera. Queremos que el público sepa que los criterios de elección (en la concesión de subvenciones estatales) son políticos».

¿Qué le ocurre al «Théâtre du Soleil»? Sencillamente, tiene un déficit de un millón de nuevos francos, es decir, de unos trece millones de pesetas. Ante la imposibilidad de hacer frente a esta deuda, el grupo corre el riesgo de disolverse, de morir. Por supuesto, si eso sucediese, algunos burócratas de la cultura francesa sonreirían como un marido ante la muerte del amante de su esposa. El «Théâtre du Soleil», en efecto, ha seducido a los franceses, sin establecer con ellos la legitimidad que confiere el sello de lo oficial.

El «Théâtre du Soleil» es una compañía privada y, además de privada, molesta. En 1964 —hace ya diez años— varios jóvenes actores y téc-

niones escénicas sobre la Revolución Francesa: «1789» y 1793».

El Estado no podía ignorar a quienes conquistaban los mayores éxitos del teatro francés contemporáneo. Para la preparación y presentación de «1789», tuvo la delicadeza de poner a su disposición los locales desafectados de la Cartoucherie de Vincennes, y de sus arcas extrajo anualmente algunas subvenciones a fondo perdido. En 1973, por ejemplo, el «Théâtre du Soleil» recibió la cantidad de 450.000 francos, es decir, más de seis millones de pesetas. Vista —o imaginada— desde aquí, esta cantidad concedida por un ministerio a una compañía privada resulta asombrosa. Pero más asombrosa es todavía la cantidad de espectadores conseguidos por el grupo de Mnouchkine: más de 320.000 espectadores en dos años y medio. Basta comparar esta cifra con la alcanzada en el mismo período por el conjunto de los Teatros Nacionales (franceses) —568.000 espectadores— para darse cuenta de la magnitud del éxito del «Théâtre du Soleil», de su importancia e influjo en la vida teatral francesa. Y basta

veces teatros nacionales oficiosos. El grito de Mnouchkine reclama una política estatal que no sólo tome iniciativas, sino que además se ponga al servicio de lo que aun habiendo fuera de los despachos ministeriales, ha demostrado suficientemente su validez.

No parece que ello vaya a producirse. El «Théâtre du Soleil» es un conjunto herético que vende sus entradas a un público que jamás puso los pies en la «Comédie Française», que realiza una verdadera labor de expansión teatral, que intenta instaurar una forma de producción artística de carácter colectivo y —esto es lo más importante— lo hace con unos espectáculos de interés igualmente colectivo. Por todo ello, la troupe de Mnouchkine se ve seriamente amenazada. El Ministerio de Asuntos Culturales —hoy, con Giscard, desaparecido— les había aconsejado que redujesen su plantilla, es decir, que renunciasen a un tipo de teatro que sólo puede hacerse con más de treinta actores. Pero los del «Soleil» son tercos y, si aceptan subvenciones, no admiten ingerencias.



Un ensayo en la Cartoucherie de Vincennes

nicos decidieron asociarse para constituir un «ensemble» en el que todos, desde los cómicos al grafista que prepara los programas y carteles, pudiesen trabajar en estrecha colaboración. Su estatuto fue, y es, el de una cooperativa de producción obrera que agrupa a unas cuarenta personas. Su primer montaje fue «Los pequeños burgueses», de Gorki. A continuación presentaron «Capitán Fraccase», a partir de textos de Théophile Gautier, pero el gran lanzamiento del grupo no sobrevino hasta 1967, con la presentación en el Circo Montmartre, de «La cocina», de Arnold Wesker. Un año después, esta obra —que a pesar de su profundo idealismo ofrece una vigorosa imagen del mundo del trabajo— permitiría al «Théâtre du Soleil» entrar en contacto directo con los trabajadores de las fábricas. Este hecho fue, sin duda, decisivo. Entre 1967 y 1968, Mnouchkine y sus compañeros habían ofrecido al público un excelente montaje de «El sueño de una noche de verano» y proyectaban una adaptación de la trilogía de Jules Vallès «Jacques Vingtras». Pero con la experiencia de 1968, se abrieron ante ellos nuevos horizontes, vigorosas ambiciones. De ellas nacerían sus dos refle-

comparar sus 450.000 francos con los que reciben los teatros oficiales para comprender las razones del grito de Ariane Mnouchkine, su denuncia de la política de subvenciones.

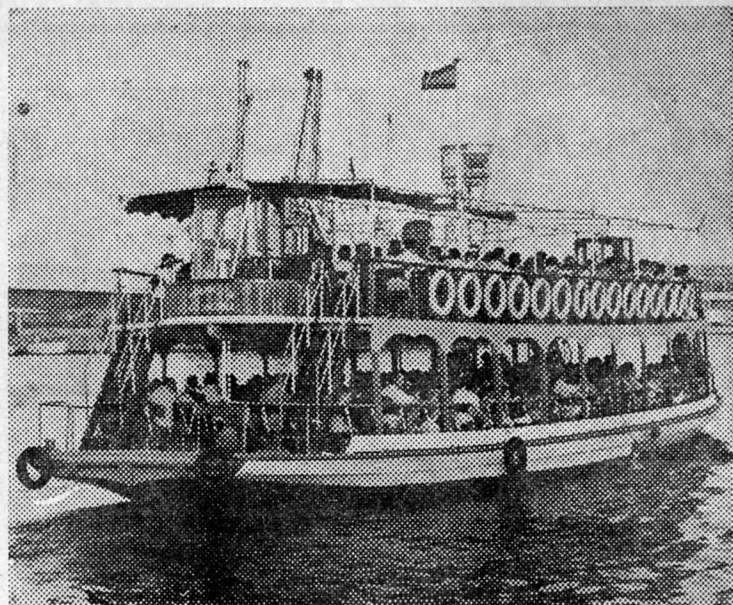
Las cifras son elocuentes. La Ópera Comique recibe por mantener cerradas sus puertas, veinte millones de pesetas; la Ópera de París y la Comédie Française, la modesta cantidad de doscientos setenta millones de pesetas (así, 270.000.000) cada una, con un suplemento para ésta última de 73 millones para celebrar adecuadamente el aniversario de Molière. El Théâtre des Nations es más modesto, menos voraz y se conforma con la cantidad que, precisamente, deben Mnouchkine y sus muchachos: catorce millones de pesetas.

El «Théâtre du Soleil» no reclama ninguna igualdad de trato. Pretende, simplemente, sobrevivir y considera justo que, habiendo conquistado el apoyo y el interés de tantos franceses, el dinero de éstos sirva para asegurar el futuro de la compañía, una compañía que por su proyección tiene ya un verdadero carácter nacional. La experiencia de Mnouchkine y sus cuarenta actores demuestra que los teatros nacionales no sólo se crean por decreto, que surgen a

Para salvar la situación, han recurrido a dos medios. El primero ha sido rodar un largometraje sobre «1789» (una excelente película, al parecer). La noticia ha de complacerlos forzosamente, puesto que significa la posibilidad de que podamos ver aquí uno de los mejores espectáculos de los últimos años. El segundo sistema aplicado por el «Soleil» consiste en vender por anticipado las entradas de su próximo espectáculo. Su razonamiento es simple: «¿Por qué los espectadores —se preguntan— no pueden convertirse en los productores de un futuro espectáculo, en vez de limitarse, como hasta ahora, a consumir lo ya producido?».

Contra la miseria y la injusticia, ingenio y cólera. Probablemente, capitalizando sus éxitos anteriores, con el apoyo de millares de espectadores (hasta el momento, han recogido ya más de 300.000 francos), el «Théâtre du Soleil» consiga subsistir provisionalmente. Sería una buena lección de los creadores de «1789» y «1793», que han demostrado que, en 1974 no basta con reivindicar una política de subvenciones.

Jaume MELENDRES



## DONDE HAY CAPITAN NO MANDA MARINERO

Ahora resulta que tenemos que encerrarnos en un buque. Marinero que vienes al mundo... ya saben. Pues sí. Ayer el señor Bascompte mandó curiosa carta en la que se me ofrecía el cargo de capitán de un extraño bajel que contaría con el patronaje de Xavier Fábregas, y con Joan de Sagarra de bodeguero.

Lo he estado pensando y la idea no es tan mala como podría parecer. Podría resultar una feliz ocurrencia siempre que Ramiro Bascompte no figurase en contabilidad. Si señor.

Pero vayamos al grano y dejemos la falacia. Bascompte se duele de mi anterior comentario, en el que decía que la programación del Griego, del año pasado, fue deplorable. Reconoce que fue improvisada pero por eso de «deplorable» no pasa.

¡Pues que le voy a hacer! Aunque se empeñe en negarlo su programación la seguiremos deplorando muchos.

Hay quien toma el rábano por las hojas. Al citado caballero le parece que sentarse en una silla y discurrir un puñado de títulos de solvencia es ya un pasaporte de garantía. Indiscutiblemente Shakespeare es Shakespeare y a nadie se le puede ocurrir ponerse mosca frente a él. Y así varios de los autores que cita Bascom-

te en su carta. Lo malo del asunto es que este caballero no ha entendido lo que significa «programar», palabra culta que viene de «pro-gra-ma». Todo el mundo sabe —o al menos debería saberlo— que para conseguir un buen cocktail es necesario algo más que buenos ingredientes. Para que lo entienda, señor Bascompte, si se empeña usted en rociar un sabroso «tourné» con un blanco jugo de Allella, no hará más que echar a perder uno y otro; y a poco que se descuide echará también a perder la afición gastronómica de sus «fans».

Ahora aplíquese el cuento y recuerde —si le es posible— el veranito que pasó en el Griego. Recuerde de qué forma alió a Shakespeare con Dürrenmatt, con Ovidi Montllor, con el cuerpo de baile del Liceo, todo revuelto en una pieza de Castany, otra de Rusiñol, con la participación de Mary Santpere. No voy a discutirle ahora la «calidad» de los ingredientes —que podrían discutirse ampliamente— sino el desagradable hedor que despidió el mejunje; sin lugar a dudas el culpable no es Shakespeare, o Cervantes o Dürrenmatt... Un poco de seriedad. Y sobretodo, no querer justificar lo injustificable.

F. M.

## CLUB POLIMNIA de RADIO PENINSULAR

PRESENTA LA OPERA EN 3 ACTOS

### L'ELISIR D'AMORE

DE DONIZETTI

27 JUNIO 1974

### PALACIO DE CONGRESOS

(FERIA DE MUESTRAS)

LOCALIDADES EN

## RADIO PENINSULAR

P.º DE GRACIA, 1-4, DE 10 a 14 y de 17 a 20

PRECIOS POPULARES